

tra vida, y os condene al infierno? No dilateis, pues, vuestra conversion, ni la diferáis de día en día, porque la ira de Dios vendrá de improviso y en el tiempo de la venganza os perderá: *Non tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem: subito enim veniet ira illius, et in tempore vindictæ disperdet te.*

Entendedlo, pues, vosotros los que viviendo en conciencia de pecado mortal, teneis el alma envenenada: si en el infeliz estado en que os halláis os sorprende la muerte, es segura vuestra condenacion. Dios, que tanto desea vuestra salvacion, os está llamando de continuo, y la palabra divina que en este instante llega á vosotros, es un aviso saludable que debéis aceptar. ¡Cuántos se convirtieron á Dios porque dieron oídos á sus llamamientos! Manasés hizo penitencia, porque en los trabajos que Dios le envió, reconoció un importante aviso de la Providencia. La miseria á que se vió reducido el Hijo pródigo, le hicieron conocer el pecado que habia cometido, y arrojarse vertiendo lágrimas en los brazos de su amante padre. Jesus, en medio de sus afrentas, dirigió una amorosa mirada á Pedro, y este, conociendo la gravedad del pecado que habia cometido negando cobardemente á su Maestro, lavó su culpa con las mas abundantes lágrimas. Saulo oye la voz del Señor en el camino de Damasco, y se convierte de perseguidor de la Iglesia, en vaso de eleccion y sonoro clarín de la verdad evangélica.

¿Dónde están ahora, mis hermanos, esos Manasés, á quienes los trabajos y aflicciones sirven de aviso para su conversion? ¿Dónde están esos hijos pródigos que vuelven vertiendo lágrimas de arrepentimiento á los brazos de su padre? ¿Dónde están esos Pedros

á quienes baste una sola mirada ó inspiracion del Señor para que reconozcan sus pecados? ¿Dónde esos Saulos prontos á atender á las voces del Señor? ¡Ah! Que tan solamente se ven cristianos que parecen insensibles á las divinas inspiraciones; cristianos, que dilatando su conversion de día en día, duermen tranquilos á orillas del mas terrible precipicio; cristianos, en suma, que siéndolo solo en el nombre, son semejantes y aun mas criminales si se quiere que los mismos judíos, que no obstante maravillarse al presenciar las obras admirables de Jesucristo, ningun fruto sacaban de ellas ni de sus palabras. Pues bien: á los que de tal modo obran, puede decirse lo que Jesucristo á aquellos obcecados judíos: «El que es de Dios, oye sus palabras: por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios. *Qui ex Deo est, verba Dei audit. Propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis* (1).» No sois en efecto de Dios, los que oyendo con tanta frecuencia sus palabras, ningun fruto sacáis de ella. No sois de Dios los que os desesperáis en vuestros trabajos, sin reconocer que ellos son avisos para vuestra conversion. No sois de Dios los que cerráis vuestros oídos á las inspiraciones divinas, y que al tiempo mismo que deseáis vuestra salvacion, vivís envueltos en las cadenas de la sensualidad y los demás vicios. No sois en suma de Dios, los que diferís de día en día vuestra conversion, porque de este modo os poneis voluntariamente en peligro de perderos.

Podrá ser, mis hermanos, que no tengáis la desgracia de morir repentinamente, y que por el contrario, acabeis vuestra vida despues de una lenta en-

(1) Joan. cap. VIII. v. 47.



fermedad. Concedo que entonces, conociendo la proximidad de vuestro fin, os arrepintais de vuestras culpas é imploreis las divinas misericordias. Si vuestro arrepentimiento es sincero, en este caso, sereis oídos por el Dios de las misericordias y alcanzareis el perdón. ¿Pero esperaréis una recompensa igual á la que reciben los que temerosos de Dios han pasado su vida entera en el cumplimiento de la divina ley? A mas de que hay diversas mansiones en la gloria, habeis de satisfacer la pena de vuestros pecados en el santo Purgatorio, pues que no podreis entrar en la morada de Dios sin estar completamente limpios y purificados de toda mancha, porque es constante que nada manchado é impuro entrará en la Jerusalem de lo alto.

Y á vista de estas verdades, ¿retardareis vuestra conversion? ¿la diferireis por mas tiempo? ¡Ah! Que yo veo, amados míos, que ó habeis perdido la fé ó la razon, si por desdicha perteneceis al número de esos cobardes que en la terrible lucha que sostienen entre el deseo de convertirse y de seguir envueltos en el pecado, dejan conseguir el triunfo á las pasiones. En vano me direis que teneis fé, pues lo que teneis es una fé tibia, una fé muerta, que jamás podrá justificaros. Esta misma tibieza en la fé, es la que os impide el tomar una pronta resolucion, no obstante conocer el triste y lamentable estado en que os encontráis. Si tuviéseis una fé viva y eficaz, una fé operativa que es la que adquiere vida por el ejercicio de la caridad, en este caso no habria obstáculo que fuese suficiente á apartaros de vuestros buenos propósitos: apenas escucháseis la voz de Dios, lejos de endurecer vuestros corazones, correriais pre-

surosos á purificaros de vuestras manchas, lavándoos en las saludables aguas de la penitencia, y vertiendo lágrimas de dolor y arrepentimiento, alcanzando por este medio la misericordia del Señor.

En esta misma falta de fé, consiste esa atencion á los respetos humanos que hace á muchos retraer de practicar el bien. ¿Qué atractivo tienen los protervos, siempre prontos á burlarse del timorato y recto de corazón, que así hacen á no pocos ocultarse de la vista de las gentes para obrar en justicia? Las murmuraciones de un mundo loco é insensato, ¿deben tenerse en cuenta para dejar de obrar segun lo que dicta la conciencia? El mismo Jesucristo ha pronunciado la sentencia de los que impulsados por los respetos humanos, no quieren confesarle delante de los hombres. Oidla: El que me negare delante de los hombres, le negaré yo tambien delante de mi Padre. *Qui negaverit me coram hominibus, negabo et eum coram Patre meo qui in cælis est.* Terribles palabras que debian tener siempre presente los que arreglan su modo de obrar al gusto de los demas, sin tener en cuenta de que se hacen esclavos voluntarios del mundo á quien no quieren disgustar. Pues bien: ya lo habeis oido: Jesucristo no reconocerá por hijo delante de su Eterno Padre, porque haya sido miembro de su Iglesia, á aquel que se avergüenza de confesarle y reconocerle delante de los hombres. ¿Por ventura podrán labrar vuestra felicidad esos que os llaman fanáticos y os apostrofan, cuando os ven entregados á las prácticas religiosas? ¿Podrán abriros las puertas del cielo esos que miran como una quimera el cumplimiento de los deberes cristianos? ¿Qué lamentable es la conducta de esos tímidos cristianos que por complacer y



servir á un mundo que le es tan enemigo, se esponen temerariamente á no ser reconocidos por Jesucristo!

Tratad, pues, M. A. O., de remover todos los obstáculos que el mundo os puede presentar, y volved vuestros ojos á Jesucristo, Redentor y Salvador de la humanidad. A todos, y á cada uno de los pecadores, dice la Iglesia nuestra Madre con el mas lastimero acento en estos dias destinados á la penitencia: «No tardes en convertirte al Señor, y no lo dilates de dia en dia, porque su ira vendrá de improviso y en el tiempo de la venganza te perderá. *Non tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem: subito enim veniet ira illius, et in tempore vindictæ disperdet te.*» La muerte puede sorprenderos cuando menos penseis, y vuestra desgracia será eterna si antes no habeis obrado vuestra conversion. Y pues que una misericordia del Señor y un efecto de su caridad hácia nosotros es el que la divina palabra haya hoy resonado en vuestros oidos; no hagais resistencia á este llamamiento que tal vez puede ser el último. No os detengan los respetos humanos, ni el qué dirán de los libertinos. Sea vuestra conversion á Dios tan pronta como verdadera. No os acobarde el recuerdo de vuestras anteriores infidelidades, pues que todas ellas podreis lavarlas con vuestras lágrimas de penitencia. Dios, que es la suma bondad, os espera con los brazos abiertos, y yo no dudo que vosotros, conociendo todo el gran peligro á que estais espuestos dilatando vuestra conversion, os apresurareis á arrojaros en los brazos del Señor. ¿Necesitais por ventura quien interceda por vosotros para alcanzar con mas prontitud el perdón y la gracia? En María Santísima que es nuestro ángel de consuelo, podeis encontrar una media-

nera de intercesion, dispuesta por el amor que nos profesa á interceder en nuestro favor. Basta acudir á ella con fervorosas súplicas para que consigamos el objeto de nuestros deseos. Madre tierna y cariñosa, su deseo constante, su idea acariciada es interceder en nuestro favor y alcanzarnos las misericordias del Señor. Acojámonos, pues, á su bondad, y ofreciéndole reconciliarnos cuanto antes con su divino Hijo por medio de una verdadera penitencia, supliquémosle nos acoja bajo su manto de piedades.

Sí, dulcísimo Redentor de nuestras almas, nosotros os presentamos los grandes merecimientos de vuestra Santísima Madre, y os rogamos acepteis nuestro arrepentimiento. En prueba de que desde este momento nos convertimos á Vos de todas veras, de que detestamos la maldad y queremos acojernos á vuestra misericordia, siempre mayor que nuestros pecados, os decimos de lo íntimo de nuestros corazones: *Señor mio Jesucristo, etc.*